



## MANIFIESTO POR EUROPA

Hoy jueves 9 de mayo celebramos el día de Europa. Conmemoramos una efeméride de alto voltaje político y cívico, pues en ella nos va a los españoles nuestra supervivencia como democracia liberal. Hoy en día, la idea de Europa se ha convertido en el parteaguas del debate político en cualquier Estado europeo, e incluso fuera de Europa. Con todas las matizaciones que queramos introducir en materia de política migratoria, de derechos humanos, etc., la Unión Europea sigue funcionando como un potente faro democrático, una fuente de dignidad para toda la humanidad. No somos una mera amalgama de intereses económicos ni de expresiones nacionales yuxtapuestas. Sabemos que la Unión Europea no es perfecta, pero tampoco es el capricho de unos cuantos iluminados europeístas. Es, sencillamente, una imperiosa necesidad. Después de la Segunda Guerra mundial supimos cuál era la alternativa al proyecto europeo, y ahora tenemos la confirmación con la guerra de Ucrania.

Europa está constituida como una vasta extensión social desde sus orígenes. Contiene una estructura cultural propia, que nos viene dada a los europeos por nuestra doble ascendencia de Atenas y Jerusalén. Sobre ella descansa nuestra unidad, y, también sobre ella, se han sedimentado diversas formas ideológicas y políticas a lo largo de nuestra historia. Ello ha sido posible porque hemos sido europeos antes que nacionales de algún Estado. La idea de nación se basa en el entusiasmo, que sirve de alimento a los nacionalismos. Este sentimiento pasional no deja de ser un artificio del corazón, que nos dispone a creer que primero somos españoles o franceses, y, sólo después, europeos. En realidad es justo todo lo contrario: somos españoles porque *antes* somos europeos.

Caemos a menudo en el error de pensar que las naciones están formadas o vienen definidas sea por accidentes *naturales* como las montañas o los ríos, sea por los sentimientos del pueblo. Este yerro, al reducir el concepto de nación a una entidad geográfica o a un pueblo de hombres hermanados entre sí, conlleva su inevitable adelgazamiento. Y, sin embargo, estos mismos hombres sencillos, anclados en la arcadia original que ellos mismos han idealizado, serán incapaces de dar una respuesta institucional y política a las luchas de poder y de intereses que seguirán persistiendo en su seno. Los hombres sencillos del pueblo, el *Volk*, no son moralmente puros ni carecen de pasiones oscuras. Los límites de la nación están determinados por su visión y su proyecto de futuro, por eso la idea falsa de que la nación lo es todo y lo puede todo, ha convertido el nacionalismo en un nuevo provincianismo. La nación es la parte, Europa es el todo porque la cruda realidad es que las naciones existen pero los pueblos difieren.

La tarea que tenemos ante las elecciones Europeas es la de enfrentarnos al nacionalismo y superarlo. La Unión Europea necesita un procedimiento de toma de decisiones que contribuya a formar una voluntad político-económica común, hoy por hoy inexistente. De lo contrario, resultará muy difícil detener el turbión del fanatismo nacionalista que siembra Europa de enormes resentimientos nacionales. Frente a los nacional-populismos europeos de derechas y de izquierdas, la alternativa se encuentra en restablecer la solidaridad, hoy rota, entre países pobres y ricos; y, dentro de cada país, entre élites, integrados, precarios y excluidos. Adherirse al europeísmo es combatir a todo lo que enarbola el nacionalismo como propio, es reclamar el todo en lugar de totalizar la parte.